

17 de noviembre del 2003

Estimado amigo,

me ha agradado mucho leer su carta, en la cual he encontrado percepciones que me son tan familiares.

Por estos días yo también viajo en la “máquina del tiempo”, a la que se refiere en su carta. Pero sin duda tengo la ventaja de que hoy es solamente en la memoria y con mis pensamientos. Resulta que su carta me llegó poco antes del 17 de noviembre, día en que checos y eslovacos recordamos, entre otras cosas, los inicios de la caída del totalitarismo comunista. Este aniversario es siempre una oportunidad para detenerse a pensar más a fondo sobre las vivencias de aquellos días y reflexionar sobre lo que conseguimos y lo que no.

Hace poco una periodista checa me preguntó por qué me intereso tanto por Cuba precisamente y no, por ejemplo, por Corea del Norte. Le respondí que siento una conexión más profunda con Cuba: tuve la oportunidad de encontrarme con usted, así como con otros activistas de la oposición, mis ideas son bien conocidas en Cuba, porque la mayoría de mis obras han sido traducidas al español y sé que son enviadas a Cuba, donde son imprimidas por publicaciones samizdat. Sin embargo, la razón principal de mi interés por Cuba radica en que entre los regímenes totalitarios actuales el cubano es el que más se asemeja a mis experiencias. Existen muchos paralelos y el nivel de deterioro se acerca mucho a la fase final del régimen en nuestro país.

Mis amigos de la disidencia y yo tenemos un sinnúmero de experiencias que, Dios mediante, somos capaces de ofrecerles y en algunos aspectos incluso asesorarles para no cometer nuestros mismos errores. A pesar de que el camino de los cubanos hacia la democracia es y será única, dadas sus condiciones particulares, algunos pasos y modelos de comportamiento con aferrada regularidad se repetirán durante cada cambio de régimen, en cualquier parte del mundo. En este contexto me permito hacerle algunas observaciones y a la vez dividir el tiempo, así: La actual fase terminal de la era totalitaria, el momento de la entrega del poder y finalmente la formación de una sociedad democrática. Cada una de estas etapas requiere una atención especial y aunque estará caracterizada por un común denominador moral, en cada una de ellas el proceder práctico será diferente.

Permítame en esta carta referirme a la primera etapa, es decir, a la fase terminal de la era totalitaria del régimen comunista.

El fin del totalitarismo en la antigua Checoslovaquia estuvo caracterizado por un enorme nerviosismo de parte del régimen. Aquellos que hasta poco tiempo antes pensaban que se mantendrían en sus cargos eternamente, comenzaron a tambalear. Algunos de ellos ya intuían que sería necesario contar, sino con su supervivencia política, al menos con que debían asegurarse garantías en caso de cambios sociales. Aquel puñado de disidentes, hasta hacía poco blanco de burlas, comenzó a ser tomado en serio cuando cada vez más ciudadanos comenzaron a simpatizar con ellos. Hasta el régimen totalitario dejó de aparentar que se trataba de un mero grupo de individuos fanáticos, manipulados por servicios de inteligencia extranjeros y dos años antes de su desmoronamiento se vio obligado a intervenir violentamente en las manifestaciones contra un cada vez más creciente número de ciudadanos. Los ciudadanos de Checoslovaquia veían en las calles, por primera vez después de 20 años, carros policiales blindados y grupos antimotines armados hasta los dientes. En

esos momentos todos se daban cuenta de la realidad totalitaria. Durante un tiempo la propaganda mediática logró mantener todo encubierto. Las primeras manifestaciones se concentraron principalmente en la capital, no obstante, el ánimo de los ciudadanos se radicalizó y su nivel de autoconfianza creció. El régimen reaccionó con diversas prohibiciones que condujeron a mis conciudadanos a dar pasos cada vez más osados. Recuerdo, por ejemplo, lo importante que fue la decisión de muchos artistas de este país - entre ellos la mundialmente conocida Orquesta Filarmónica Checa - de negarse a aparecer en los medios de comunicación nacionales, en caso de que no se cediese espacio a personas con diferentes opiniones políticas. Pocos meses antes de la caída del régimen (algo que entonces, por supuesto, ni imaginábamos), redactamos la declaración "Unas cuantas frases", exhortando a la cúpula del poder a iniciar un diálogo con la oposición. Decenas de miles de personas ni dudaron en firmar. Recuerdo también el importantísimo papel que desempeñó el redactor en jefe de "La voz de los Estados Unidos de América", además amigo mío, quien diariamente en las transmisiones para Checoslovaquia divulgaba los nombres de más y más figuras públicamente conocidas que habían firmado ese documento. El régimen fácilmente solucionó el problema enviando a prisión a ese puñado de disidentes, pero se mostró notoriamente sorprendido cuando surgieron todavía más opositores protestando públicamente. Hasta ese momento había tolerado el pronunciamiento de opiniones diferentes en privado, pero en público no aceptaba oposición alguna. Pero debido a la nueva situación más y más ciudadanos perdieron el miedo a salir del anonimato. Ya el régimen con problemas reaccionaba como era de costumbre, con la interdicción y criminalización de la disidencia. La autoconfianza de la ciudadanía creció y la hasta entonces oculta confrontación se hizo presente por doquier. A ello se sumó un conflicto generacional: los hijos se opusieron al vacío mundo del discurso de sus padres.

El proceder del régimen totalitario ha sido descrito muchas veces e incluso yo lo he intentado. Quiero recordar estos hechos conocidos sólo porque la actualidad cubana, con todas sus manifestaciones y a pesar de lo específicas que sean, la veo precisamente en ese período. El Proyecto Varela, que usted personifica, está inspirado en nuestra Carta 77. Aunque en los inicios se haya tratado de un mero grupo de opositores, recientemente ha cobrado mucha fuerza. Con agrado recibí la noticia de que algunas semanas atrás presentó más de 14 mil nuevas firmas pidiendo al régimen el respeto de los derechos civiles estipulados en la constitución. Se trata de una notable cosecha de sus actividades. El régimen totalitario, como es sabido, se caracteriza por una absoluta falta de respeto de toda ley y le enfurece que se le exija el cumplimiento de normas, adoptadas, además, por sí mismo.

¿Qué se puede hacer en una situación así?

Según mi opinión y experiencia, en este período es importante la solidaridad internacional. Debe ser expresada por cada país libremente organizado al igual que cada individuo. Las naciones democráticas deberían condicionar sus contactos con la élite gobernante a la liberación de los presos de conciencia y generar las condiciones para iniciar una discusión libre, a nivel de toda la sociedad. Las naciones democráticas deberían considerar como interlocutor a todo aquel que piense de manera democrática, independientemente de si desempeñan algún cargo político o no. En este terreno, tengo muchas expectativas en la fundación del Comité Internacional para la Democracia en Cuba. Según tengo entendido, los preparativos para su primera sesión están en marcha. Por otro lado, debe existir también la solidaridad económica, por esa razón hace un tiempo atrás he propuesto la creación del "Fondo Cubano" para el apoyo de familias afectadas por la represión y de otras actividades de la oposición democrática. Estoy firmemente convencido de que la Unión Europea, en primer

lugar, se unificará a la hora de adoptar procedimientos dirigidos al apoyo práctico de los demócratas cubanos. Supongo que no necesito convencerlos de que haré todo lo que esté a mi alcance para devolverles la mano a esos demócratas que, tanto a mi como a mis amigos, durante años y de diversas formas nos ayudaron o expresaron su solidaridad en sus visitas a la entonces Checoslovaquia.

Quisiera hacerle una observación sobre una de mis percepciones: A pesar de que como disidentes tengan los máximos méritos, aunque sean valientes y respetables, aunque permanezcan en prisión varios años, a pesar de todo aquello, les puede ocurrir que ante la mirada de los políticos prácticos del mundo democrático, surja la sospecha de que ustedes son un mero grupo de quejumbrosos, de llorones eternos, locos inofensivos, que permanentemente lloriquean. Esta sospecha luego puede desembocar en una convicción: podemos apoyarlos de manera simbólica, pero desde el punto de vista de la política práctica, no es necesario confiar en ellos, no son ellos nuestros interlocutores correctos. Pero en lo opuesto está la verdad. Sobre eso hay que convencer a los políticos del mundo democrático, y a eso yo me dedico desde hace muchos años.

Permítame hacerle aún algunos comentarios. Le pido que los tome como experiencias que hemos acumulado con hartó esfuerzo. Usted y sus amigos seguro sabrán cómo hacer uso de ellas y decidir si son aplicables o no en el contexto cubano.

Como usted sabe, la Revolución de Terciopelo en Checoslovaquia, a nosotros, los disidentes, nos tomó por sorpresa. No estábamos en lo absoluto preparados para recibir el poder de manos del régimen, el cual se derrumbaría en cosa de semanas. Entonces, si debo enfatizar en algo, debería ser lo siguiente.

¡Todo demócrata y opositor al régimen totalitario debería actuar como si el poder fuera a ser entregado mañana!

A nosotros nos tomó por sorpresa la rapidez con la que el exhausto sistema comunista colapsó y nosotros no estábamos preparados para una inmediata toma del poder. Por eso nos vimos obligados a tomar las decisiones más esenciales bajo la presión de las circunstancias, en cuestión de días, a veces de horas. Pero precisamente los primeros instantes de la entrega del poder fueron los más importantes. Entonces se decidía el destino de un país por muchos años y aquello que no alcanzamos a hacer en los comienzos, debimos recuperarlo más tarde con mayor dificultad. Nos topamos con que no teníamos preparado ningún gobierno en la sombra, nos topamos con que no habíamos seleccionado a personas competentes para presentarlos inmediatamente a la opinión pública como alternativa de reemplazo del antiguo parlamento incompetente. Quedó de manifiesto que no teníamos preparadas las bases legales para las nacientes estructuras democráticas ni había garantías económicas para el país de cara a los meses venideros. A falta de semejantes reglas, quienes rápidamente tomaron ventaja fueron, precisamente, aquellos a los que usted menciona en su carta: aquellos para los que el régimen representa un telón tras el cual se ocultan sus propias ambiciones, zorros capaces de todo, con ventajas económicas amparadas en cargos hasta entonces ejercidos. No menos importante resulta también considerar - de darse el caso - con cuál de los actuales políticos sería posible negociar la entrega del poder.

Seguramente para muchos cubanos la cercanía de los Estados Unidos es vista como una amenaza. Los medios de comunicación del régimen son bien activos en cuanto a la propaganda. No hay que temerle tanto a una potencia como esa, siempre y cuando demuestre

que es democrática, más bien hay que temerle al totalitarismo, ya sea cercano o lejano. Por supuesto, la suerte de gravitación natural de una potencia como los Estados Unidos siempre ejercerá gran influencia sobre los países vecinos más chicos. Pienso que como ciudadano de un pequeño país centroeuropeo puedo comprender bien estos temores. Pero lo principal es que los cubanos puedan decidir su futuro por sí mismos y con quién y bajo qué condiciones desean o no interactuar. Esta no debe ser una decisión manipulada, sino una decisión de los propios cubanos y ningún país posee el derecho ni de imponerles ni de impedirles nada.

Estimado amigo, pienso que a pesar de todas las dificultades vale la pena emprender este recorrido. Estoy firmemente convencido de que, a pesar de la propaganda ejercida por el estado comunista, la mayoría de los cubanos están conscientes de que hace 14 años las naciones de Europa Central tomaron la dirección correcta y será bueno seguir su ejemplo.

Sinceramente suyo,
Václav Havel